

Es una noche taciturna y silenciosa de principios de diciembre. La lluvia golpea incesante la ventana y se respira un ambiente de añoranza y melancolía que parece alejarme del mundo; aislarme en una burbuja invisible a los ojos de los demás.

No soy capaz de conciliar el sueño, ni ganas tengo de embarcarme en un paisaje onírico en el cual todo es posible, y basta con cerrar los ojos para traspasar el umbral de la realidad; el límite del consciente.

Si esto es así, es porque tengo miedo a cerrar los ojos. Temo hacerlo desde que volví de aquel viaje, un par de meses atrás. Fue una simple visita a Toledo, la majestuosa ciudad amurallada que portaba tanta historia entre sus empedradas calles como empinadas eran sus cuestas. Aquel viaje discurrió tranquilo y sin altercados. Visitamos las callejuelas y lugares de interés turístico como la Catedral, la panorámica, el museo de Santa Cruz, el puente de San Martín, y la Biblioteca.

Ah, la biblioteca. Fue allí el final de mi viaje, pero el principio de mis pesadillas. En aquella biblioteca de gran interés nacional situada en la planta superior del Alcázar de Toledo, hay un depósito de libros históricos cuyo valor es incuestionable. Primeras ediciones, papiros y pergaminos, tratados y pinceladas de historia que no dejarían indiferente a nadie que mostrara un mínimo interés en aquellos documentos. Según explicó el guía que mi agencia había contratado, algunos de los estantes de esos depósitos habían sido vetados al público por su gran e incuestionable valor; e incluso viejas leyendas relataban que había libros y documentos realmente perturbadores, que por dicho carácter perturbador, habían sido trasladados a una cámara subterránea de una biblioteca de registro civil situada al otro lado del Tajo, cuyo paradero era desconocido. Levanté entonces la mano para hacerme notar entre el grupo de turistas y reclamar la atención del guía, deseando que se explayara un poco más en el tema pidiendo la definición de lo que él consideraba perturbador.

Desde pequeño, he sido un amante empedernido de los libros, pero más aún, de las bibliotecas. Cada ejemplar que se esconde en ellas, porta dos historias: Una, la que dibujan las letras y traducen los sentimientos, inquietudes y opiniones del autor; y otra, la historia del propio libro que encierran sus páginas amarillentas, su aroma y los tesoros ocultos entre sus hojas que narran el legado de quienes lo han leído. Encontrar un billete antiguo de autobús a modo de marca páginas, o una mancha de café que emborrona una frase, incluso una simple arruga en la portada, me hacen reflexionar tanto o más que el propio libro. Por ello, mencionar una biblioteca oculta de pasada no era algo que entrara en mis planes.

El guía respondió dubitativo, como si mi pregunta le hubiera cogido por sorpresa. ¿Es qué nadie antes que yo se había interesado por ese pabellón?

“Algunos de esos libros tratan sobre torturas de la época y... Si continúan por esta calle, hay una tienda de mazapanes toledanos...” Y así evadió mi pregunta, sembrando no solo la duda, si no mi más absoluto e insaciable interés.

Por ello, aproveché cuando el resto de turistas se dispersó pegándose al escaparate para seleccionar entre los turrónes almendrados, los mazapanes y demás maravillas gastronómicas de Toledo, y me separé del grupo, alejándome a grandes zancadas de la plaza de Zocodover y adentrándome en el primer arco que encontré que me condujo, tras bajar las escaleras, a la imponente escultura de Cervantes. El escritor se erguía allí, orgulloso de dar el nombre a la calle en la que ambos nos encontrábamos. Bajé toda la vía y, al final de la misma, descubrí un precioso mirador. Allí, en la linde del Tajo, el frío traspasaba las entrañas y me sentí sobrecogido tanto por la magnitud de la crecida del mismo, como la cantidad de vegetación y follaje que había al otro lado. Escruté todos los edificios que, a duras penas, se dejaban ver tras la densa espesura y ninguno me pareció una posible biblioteca. Aunque, si era un depósito prohibido, tampoco tendría por qué tener tal aspecto.

Fue un amable anciano el que me indicó el bus que me llevaría al otro lado, ya que había que traspasar uno de los puentes y la distancia se contabilizaba en kilómetros y en un tiempo que no tenía. El hombre parecía tener el conocimiento exquisito en la ciudad de quien lleva tiempo viviendo en ella, pero no me atreví, sin embargo, a mencionar el pabellón. En aquel momento, lo consideraba un regalo de Toledo, un secreto, un mandato íntimo de la ciudad al que solo yo podía dar respuesta. Aquello me hacía sentir excitado y despierto, aunque en el fondo, sabía que la misión que me había encomendado a mí mismo era tan absurda como inverosímil.

Esperé el autobús en la parada que me habían indicado, con la pierna tamborileando en el suelo con impaciencia y preguntándome que es exactamente lo que pretendía averiguar un muchacho de recién cumplidos veinte años por su cuenta. El trayecto, aunque corto, se me antojó largo entre curvas sinuosas y pendientes pronunciadas y, cuando fui engullido por la vegetación, me sentí insignificante. Incontables edificios se sucedían a ambos lados de los ventanales del autobús y me comencé a marear levemente. ¿Dónde debería apear-me? ¿Cuál de aquellos dichosos edificios contendría el pabellón? ¿Y si las leyendas no se basaban en un solo ápice de verdad y estaba perdiendo el tiempo?

Cuando quise reaccionar, el conductor frenó del todo y me miró con la desgana de quién está a punto de finalizar su larga jornada laboral. Me informó de que era la última parada y fue cuando me percaté de que yo era el último pasajero que quedaba en el interior del autobús. Me instó a bajar y se alejó, dejándome confundido y solo en un tramo donde ya no se veían pasar más coches ni autobuses y el silencio era sepulcral.

Miedo. Fue la primera vez en toda esta empresa que lo tuve, pero la locura es una de las características que hacen al hombre, así que me adentré entre el resto de vegetación y caminé, sin rumbo fijo, aun a sabiendas que era muy posible que no supiera regresar.

Fui consciente entonces de que no tenía el control de los movimientos de mi cuerpo. Era como si alguna fuerza extraña atrajera mis pasos. Mis pies se volvieron decididos e incrementaron el ritmo de la marcha, a la vez que el pánico se adueñaba de todo mi cuerpo.

Y luego, mis pies se detuvieron. Me paré frente a una fuente de yeso que había sido víctima de la hiedra y el musgo y, unos metros más allá vi la enorme mansión de piedra, aparentemente abandonada por la carcoma de los marcos de las ventanas y las puertas principales. Rodeé la casa, con un nudo en la garganta, y me sobrecogió lo tétrico que era el patio trasero, con dos columpios desgastados y oxidados balanceándose por el viento y las últimas hojas de un álamo casi desnudo enredándose en sus cadenas unos segundos antes de continuar su viaje por el firmamento. Tragué saliva, intentando deshacer el nudo de mi garganta, sin éxito, y volví a la parte de delante de la mansión.

¿Qué hacía yo aquí? De pronto se me antojaba muy lejana mi estancia con el resto del grupo y el guía. Parecía un día distinto, un viaje diferente y un lugar recóndito y abandonado, que para nada hacía justicia a la magnificencia de Toledo. Incluso el clima parecía haber cambiado cuando me adentré aquí. ¿Dónde se había escondido el sol que nos había acompañado todo el día? Aunque fuera endeble el sol de octubre, había supuesto un lujo a la hora de callejear. En su lugar ahora había nubarrones negros que amenazaban tormenta.

Fueron las primeras gotas las que me desesperaron, y la fuerza y obstinación de las siguientes las que me instaron a golpear la aldaba del portón de la mansión. Tal y como esperaba, no obtuve respuesta, por lo que empujé la madera con todas mis fuerzas y, en vez de ceder y abrirse, crujió y se astilló, quebrándose por la carcoma. Aterricé en el inhóspito hall de la mansión, con el cuerpo magullado y lleno de rasguños por los tablones del portón. También mi ropa había sufrido las consecuencias de la caída, siendo reducida a un puñado de girones y rasgaduras.

Aquella fue la primera vez que exhalé ese olor que, desde aquel día, quedaría grabado a fuego en mi memoria: Una mezcla de madera mojada, con el olor intenso del jazmín recién cortado y de los libros viejos. Un olor agradable, pero penetrante, solemne, si es que pudiera serlo un olor.

Me levanté, no sin esfuerzo, y caminé unos pasos para estudiar la estancia. Dentro, el sonido de la tormenta parecía lejano, como si acabara de entrar en la tercera dimensión de Toledo; siendo el turismo la primera, el patio de la mansión la segunda y, esta estancia, la tercera. Apenas un puñado de cuadros antiguos ocupaba las paredes y le daban un toque de calidez a la planta baja. Una lámpara de araña se suspendía justo encima de las anchas escaleras que conducían al piso de arriba y, en una esquina, unas enrevesadas escaleras de caracol de estructura metálica, descendían. Allí, parado como un imbécil, me vi obligado a tomar una decisión, tras ocho largos minutos de duda... y bajé. Bajé haciéndome eco de las palabras que dijo el guía cuando afirmó que el pabellón era subterráneo, y allí esperé encontrar cientos de tesoros prohibidos y revelaciones de letrados y eruditos. Se apoderaron de mí de nuevo aquellas ansias de saber y me sentí privilegiado. Sería, probablemente, el joven que más conocimiento tendría sobre Toledo y quizá sobre la historia de España, ¡o tal vez del mundo!

Poco raciocinio me restaba entonces cuando bajé las escaleras de dos en dos hasta el sótano, y hallé en él una estantería tan grande que asediaba toda la planta de la mansión, rodeando las cuatro paredes de la misma. Estaba tan embelesado, que en aquel momento no me pregunté el por qué en una mansión abandonada había candelabros prendidos en las paredes, una lámpara de aceite en una mesa central estratégicamente dispuesta, o una silla acolchada colindando con la mesa. Toda la estancia me invitaba a leer, a absorber el conocimiento, a beber de su sabiduría. Y allí me desenvolví como pez en el agua, leyendo hasta perder la noción del tiempo; uno, dos, ¡diez libros! Cuando la vista cansada se negaba a continuar, los libros me susurraban las palabras en el oído y yo sonreía, receptivo a todas ellas. Fue así, como descubrí los relatos más fantásticos y adictivos con los que ningún hombre pudiera si quiera soñar y, cuanto más leía, más me enamoraba de Toledo. No era un amor turístico, sino un amor ferviente y pasional, como el de dos fogosos amantes que se encuentran a escondidas.

Y así leí, plácido, hasta que llegué a aquel libro, el de la portada dorada y las páginas irisadas... Y aquello fue mi perdición. No puedo recordar con precisión lo que leí en aquellas páginas, solo sé que el pavor me envolvió naciendo en mis propias entrañas y me devoró por completo.

Temblaba con aspecto febril mientras mis ojos seguían lanzando hipnóticos entre sus líneas, como si una maldición se dispusiese en aquellas páginas y yo hubiera sido presa de ella. El sudor frío se resbalaba por mi nuca, por mi espalda y por mi frente y me dolía tanto la cabeza, que amenazaba con estallarme de un momento a otro. Grité, cuando, exhausto, quedé liberado de aquel libro y lo arrojé lejos, hacia la otra punta de la habitación. Luego subí las escaleras, tropezándome, cayéndome y volviendo a levantarme y recorrí el hall a grandes zancadas hasta el exterior. Fuera, me dejé caer de rodillas, me llevé las manos a ambos lados de la cabeza y, casi entre convulsiones, dejé que la fría lluvia me empapara dispersando mis pensamientos. Era ya de noche y la luna tenía la hegemonía de un cielo nublando y encapotado.

Allí permanecí hasta que la lluvia cesó y, congelado, me quedé dormido. A mi nariz acudió entonces aquel olor, el de la madera mojada, el jazmín recién cortado y los libros viejos.

Amanecí en mi cama... ¿Segundos? ¿Minutos? Quizá horas después y, cuando empezaba a barajar la idea de que no había sido más que un terrible sueño, descubrí una dolorosa realidad: la sangre de mis antebrazos y mi camiseta rasgada aportaban a lo que creía un sueño, una cruel realidad. Desolado, lloré sin dar crédito durante horas, tiempo en el que decidí levantarme, lavar mis heridas y curarlas. Me cambié de ropa y abrí la persiana, también. El cielo de mi ciudad estaba despejado. Consulté el reloj y descubrí que era la una del mediodía y es cuando me propuse olvidar todo esto, aunque, en el fondo, sabía que lo acontecido me perseguiría siempre como un mudo interrogante. ¿Cómo había regresado de Toledo y amanecido en mi cama, a más de trescientos kilómetros de allí? ¿Qué ponía en aquel libro maldito que ya ni siquiera podía recordar? Eran preguntas a las que creía jamás encontrar respuesta. Por eso inicié mi rutina diaria, tratando de aportar algo de normalidad al asunto y todo transcurrió como debiera hasta que, aquella primera noche desde mi visita a Toledo, algo me aterrorizó. Iba a acostarme cuando hallé, en el primer cajón de mi mesita de noche, aquel libro de portada dorada, con inscripciones grabadas y páginas irisadas. Grité tan fuerte que me hice daño en la garganta y entonces apareció de nuevo, ¡aquel maldito olor! Y ¡amanecí! ¡Sin haber dormido *amanecí* en Toledo!, en la plaza de Zocodover, desierta y solitaria. Y así, durante el resto de aquellos dos meses, viví continuos amaneceres, incapaz de saber cuál era mi realidad. ¿Dormía en mi ciudad y soñaba con Toledo? ¿O dormía en Toledo y soñaba con mi ciudad? Nunca lo supe y hoy en día, aún no lo sé.

De modo que, como decía: Es una noche taciturna y silenciosa de principios de diciembre. La lluvia golpea incesante la ventana y se respira un ambiente de añoranza y melancolía que parece alejarme del mundo; aislarme en una burbuja invisible a los ojos de los demás.

No soy capaz de conciliar el sueño, ni ganas tengo de embarcarme en un paisaje onírico en el cual todo es posible, y basta con cerrar los ojos para traspasar el umbral de la realidad; el límite del consciente.

Si esto es así, es porque tengo miedo a cerrar los ojos. Temo hacerlo desde que volví de aquel viaje, un par de meses atrás. Temo también viajar de nuevo a aquellos recuerdos tan torvos y austeros procedentes de aquellas páginas de ese libro, tan osados de volver conmigo de un mundo ahora ilusorio y afectar a mi realidad.

Pero, con la cabeza recostada en el cristal de la ventana, una manta cubriéndome por completo, y una taza de café frío en la mano, el agotamiento comienza a vencerme.

Lucho en vano por abrir los ojos, por no caer, como tantas otras veces, en aquel torrente de recuerdos que creía ya perdidos. Solo los sueños – pesadillas podrían calificarse – me dan la oportunidad de revivir aquellos días.

No tardo, pese a mi esfuerzo, en prometerme que solo cerraré un instante los ojos, coaccionado por el cansancio acumulado. Y entonces llega hasta mi nariz aquel olor intenso de la madera mojada, del jazmín recién cortado y los libros viejos. Ya no hay vuelta atrás, y soy consciente. Acabo de perder, en apenas un instante, el vínculo de mi realidad, para viajar a aquellas antiguas y amuralladas calles de Toledo de nuevo. De pronto se me antojan lúgubres, como un cuadro del Greco, de aquella gama de colores negros y ácidos. Me descubrí escrutando las sombras de la Catedral y sé que una nueva jornada ha comenzado.

Me había acostumbrado a no dormir nunca, a vivir constantemente entre aquellas dos realidades paralelas y a mantenerlo en secreto porque, al fin y al cabo, ¿quién me creería? Así pues, vago solitario, como un transeúnte que no conoce el destino de sus pasos en una ciudad antigua, pero viva, mucho más viva que cualquier otra ciudad.

Por todo ello, tengo un consejo para ti: si vas a Toledo, no trates de descubrir sus secretos ni desentrañar sus misterios. Límitate a apreciar su belleza, sus calles y sus recuerdos y, si quieres, enamórate también de ella, pero no traspases el umbral, pues es una ciudad mágica...

....mas también es orgullosa.